

Inventando a Elliot

**Graham
Gardner**

**Traducción: Santiago
Odioa**

**GRUPO
EDITORIAL
norma**
www.hbrrianorma.com Bogotá,
Barcelona, Buenos Aires,
Caracas, Guatemala Lima,
Mexico, Panamá. Quito. San
José. San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile.

Título original] en inglés *Invmtina Ellioí*

Copyright O Graham Gardner. 2003

Copyright de la edición en español © Editorial Norma

S. A* 2000 O 2009 Editorial Norma

Avenida El Dorado No. 90-10. Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

**Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso por escrito de la Editorial.**

**Impreso por Cargraphics
SA Impreso en Colombia**

Enero de 2010

www.jibrerianorma.c

[om](http://www.jibrerianorma.c)

**Diagramadóny armada: Luz tornine Güechá Sabogal
Elaboración de cubierta: Editorial Norma SA**

CC 26011725 **ISBN:**
958-04-7573-3 **ISBN;**
978-958-04-7573-6

*El fin de la persecución es la
persecución. El fin de la tortura es la
tortura. El fin del poder es **el** poder.
¿Ahora comienzas a entenderme?*

George **Orwell,**
1984

Prólogo

Habían tocado la última campana. Se encontraba casi afuera de la puerta. Lo agarraron y se lo llevaron al camerino que estaba al lado de la escuela. Kevin Cunningham John Sanders. Steven Watson. Cualquiera de ellos era demasiado malo. Pero los tres juntos rebasaban sus más terribles fantasías.

Lo mantuvieron de espaldas contra la pared sujetándole los brazos. Kevin se le acercó, y Elliot pudo sentir su aliento.

-Hola, Elliot. ¿Creías que nos habíamos olvidado de ti?

Él no respondió. Eso solo empeoraría las cosas. -Responde cuando te hablen.

-No... | -¿No qué?

-No, no me he olvidado de ustedes. -Eres un perdedor, Elliot. ¿Lo sabías? -Yo... lo sé. Kevin sonrió.

-Existe un lugar para las personas como tú. Se llama el basurero. ¿Por qué te empeñas en seguir viniendo a la escuela? Sabías que siempre te íbamos a estar esperando, listos para ponerte en el lugar al cual perteneces -se acercó y le rompió el bolsillo de su *blazer*, que colgó como una lengua inerte.

Por un momento, Elliot no sintió nada. Luego, algo cambió en su interior. Súbitamente, horriblemente, como nada de lo que hubiera sentido antes, una ira ciega y caliente lo asaltó. Una tormenta explosiva, una furia lunática lo consumió de manera incontrolable. Se liberó de las manos que lo sujetaban, se abalanzó sobre Kevin y lo golpeó una y otra vez.

-¡Te mataré, te mataré, te mataré!

Lo lanzaron contra la pared Se golpeó la parte posterior de su cabeza contra los baldosines y se sintió mal.

-Kevin se levantó con lentitud Se limpió la sangre de su boca

-¡Te vas a arrepentir de lo que hiciste!

La furia de: Elliot había desaparecido. Ahora se sentía agradablemente anestesiado y todo le parecía finalmente claro. Iba a morir muy pronto. Pero, real-

mente, ellos ya lo habían matado desde mucho tiempo atrás. Así que ya no le podían causar más daño.

-No pueden matarme -dijo-. Yo ya estoy muerto.

El primer golpe lo recibió arriba del corazón y no le dolió.

"No pueden hacerme daño. Yo ya estoy muerto. Muerto".

Pero luego vino el segundo golpe, a un lado de su cabeza, y después el tercero, justo en el lugar en donde había recibido el primero.

Y muy pronto comenzó a dolerle.

"Pero ustedes no pueden hacerme daño", pensó. "Yo ya estoy muerto".

Le dolió aún más: sintió una propagación de dolor caliente.

Y entonces, una explosión termonuclear le desvaneció la parte superior de su cabeza y comenzó a caer abajo, muy abajo. Y, misericordiosamente, murió.

Capítulo 1

Elliot Sutton se tragó el miedo enfermizo y amargo que amenazaba con envolverlo. Era el día de Año Nuevo, una semana antes que comenzara a estudiar en su nueva escuela.

"Piensa positivamente", se decía a sí mismo todo el tiempo. Se suponía que iba a comenzar de nuevo. Su nueva escuela no tenía noticias de lo sucedido. Iba a entrar con un historial limpio, con una identidad en blanco. Sería un nuevo comienzo, tal como se suponía que iba a ser para todos los nuevos-estudiantes.

Semántica

Graham Gardner

"Es una broma", pensó. Como si una nueva casa y una nueva ciudad fueran un hechizo que le ayudara a su padre a sentirse bien de nuevo. Hasta ese entonces, su padre había actuado como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que se habían mudado y permanecía en la misma silla, mirando la misma televisión, día tras día... y

"Piensa positivamente".

Elliot miró las cajas de cartón llenas, las bolsas repletas y la desvencijada maleta con la ropa regada sobre el piso que estaban alrededor de su cuarto. Hacía ya dos semanas que se habían mudado a la nueva casa y todavía no había sido capaz de desempacar todo. Solo sacaba cada día la ropa que necesitaba y se engañaba a sí mismo pretendiendo que "mañana" desempacaría.

Lo cierto era que odiaba desempacar. Todo lo que había en las cajas, en las bolsas y en la maleta le recordaba de dónde había venido; de un lugar al cual no quería regresar ni siquiera mentalmente.

Mientras permaneció allí, se dio cuenta

de que había tomado una decisión sin realmente haber sido consciente de ella. No iba a desempacar. La mayoría de las cosas que había en las cajas y en las bolsas pertenecía al pasado, no al presente. Deberían continuar en donde estaban. Sacaría solo aquello que fuera estrictamente necesario; el resto bien podría permanecer fuera de vista. Probablemente, se desharía de ellas y así no tendría la tentación de volver atrás.

Sintió un impulso de energía y comenzó a trabajar antes que se le pasara. Vacío la maleta sobre la cama. Tres pares de *jeans*. Eran muy viejos, pero no importaba. Podía quedárselos. Lo mismo sucedía con sus suéteres y camisetas: una de las pocas ventajas de poseer casi la misma estatura desde que tenía doce años era que no necesitaba ropa nueva, teniendo en cuenta que la última vez que trató de persuadir a su mamá para que le diera dinero a fin de comprar algunas prendas, ella había mirado su ropa y le había dicho:

-¿Qué tienen de malo? ¡Te las podrás poner por varios años, mientras no crezcas! -lo cual era otra forma de decir: "Lo siento, pero no tenemos dinero".

El problema eran los uniformes. Iba a necesitar pantalones, un *blazer*, camisas, corbata, ropa deportiva... Todo aquello costaría una fortuna. Estaba descartado que su madre le comprara ropa nueva. Tendrían que ir a un almacén de ropa usada, y eso significaba que los demás lo notarían inmediatamente.

Dejó a un lado los desoladores pensamientos acerca de la ropa, hurgó en la caja más cercana en busca de los pocos libros que había traído y los puso en el estante de abajo. En cuanto al resto de las cosas, sacó un polvoriento

álbum fotográfico. Las fotos incluidas, de él en diferentes épocas, de su familia, de papá, de mamá, tenían al menos tres años. Su mamá no había tomado fotos durante un buen tiempo.

Volvió a guardar el álbum, puso las cajas debajo de la cama y la maleta encima del ropero.

Pensó que no pegaría afiches. Las paredes de su cuarto estarían limpias y desnudas. Serían un recordatorio continuo y agradable de que su casa era nueva. Fresca. Como se suponía que iba a ser todo de ahora en adelante. Respiró el olor de todo, el aroma limpio y embriagador de la pintura fresca y de la madera nueva, y lo contuvo en sus pulmones.

Se dejó invadir por la idea, que había surgido lentamente: "Aquí nadie me conoce". Tenía una oportunidad. La oportunidad no solo de dejar atrás al viejo Elliot sino de inventarse un nuevo Elliot Un Elliot construido desde cero.

-Nadie me conoce -rumiaba en voz alta.

Las cosas no tenían que ser como antes.

-No permitiré que sean como antes.

Alguna vez fueron una familia feliz. Tenía que recordar aquello.

Su papá había estado instalando su propio negocio un tiempo atrás. Iba a fabricar y a vender empaques especializados para artículos frágiles y valiosos^ -

-El mercado está ahí -se mantenía diciendo. Había muchas personas dispuestas a pagar bastante dinero para asegurarse de que lo que enviaban por correo no se iba a estropear.

-Un servicio costoso y exclusivo, de eso se trata.

Su papá también repetía aquello. En la compañía donde había trabajado anteriormente, no se ocupa-

ban de los empaques costosos y exclusivos; lo de ellos eran los precios bajos y las grandes cantidades.

Había trabajado como diseñador asistente en una compañía que fabricaba empaques para otras más grandes. No era que detestara su trabajo, le había dicho a Elliot; era solo que no le agradaba. Así que presentó su renuncia y comenzó a trabajar por su cuenta. . .&.

Fue una buena época. Un ambiente lleno de expectativas y emociones. Una actividad constante: su papá saliendo y entrando a casa, apurándose para terminar de comer, apresurándose a llamar por teléfono, mientras decía: "Este es el camino a seguir, lo sé", una y otra vez, todos los días, durante un año, o al menos así le había parecido. Y en las mañanas, llegaban cantidades ingentes de correo adicional, sobres y más sobres en el buzón.

Siguieron llegando muchos sobres. Después de un tiempo, dejaron de echarlos en el buzón; simplemente, tocaban la puerta, usualmente en medio del desayuno, su mamá se levantaba, abría la puerta, firmaba el recibo que le ofrecía el cartero, regresaba a la mesa y miraba los rectángulos blancos y ocres que tenía en sus manos. Nunca abrió los sobres delante de Elliot. Apenas si los miraba, como si no pudiera verlos realmente, como si no entendiera qué cosa eran.

Pero antes de eso, tan pronto sonaba el timbre, su papá salía disparado a recibir el correo y lo llevaba a la mesa, abría los sobres con ansiedad y esbozaba una sonrisa (o un leve fruncimiento ocasionalmente), mientras leía su

contenido.

-Esta es una inversión para nuestro futuro. Esto es para nosotros tres -otra de las frases favoritas de su papá-. ¿Me estás oyendo, mi chico Elliot? Esto nos permitirá financiar tu hábito por los libros y tener un techo. Anoche a las 11:00 p.m, vi que la luz de tu cuarto estaba encendida, pero supongo que todavía no has visto la cuenta de la luz, ¿o sí? -esto último siempre lo decía con una mezcla de enfado y de sorna, y luego le hacía ver que solo estaba bromeando, pues lo agarraba por la cintura mientras le decía-: Y supongo que todavía estás esperando que te lleve el sábado a la biblioteca...

Era una vieja broma. Siempre llevaba a Elliot a la biblioteca los sábados. A Elliot le gustaba leer desde tan temprano como él, su papá o su mamá pudieran recordar. Cuando se enfrascaba en un libro, estaba en otro lugar, sumergido en la historia; por un momento, el mundo lo dejaba en paz.

Tomó un libro. Intentó dejar sus temores a un lado.

"Familias felices. Piensa positivamente".

Capítulo 2



Inventar un nuevo Elliot demandaba en primer lugar, dinero. Mucho pinero.

Tenía 192 libras y 98 peniques en su alcancía. Se había ganado cada billete y cada moneda luego de haberse levantado temprano cinco días a la semana para repartir periódicos. Había clasificado mentalmente todo aquel dinero como algo "intocable" esperando el día en que viera algo que realmente le gustara.

Y ahora, mientras caminaba por el centro comercial, su billetera

rebosaba de billetes y monedas. Ya tendría tiempo de volver a ahorrar para comprarse lo que quisiera. Sí, claro... Bueno, lo importante ahora era lo que necesitaba.

Además del valor de la ropa deportiva, el uniforme y los zapatos le costaron 140 libras, a pesar de haber encontrado un *blazer* de segunda mano en buen estado. Después de comprar la ropa, fue a la peluquería. En vez de sus cabellos negros y sueltos que lo hacían ver como un niño, pidió que lo rasuraran por los costados y que le hicieran rayos decolorados arriba.

Estaba emergiendo un nuevo Elliot. **ÉJÉÍ**
Su billetera estaba más liviana cuando regresó a casa. **c2L**

El modo en que reaccionó su mamá a su nuevo corte y ropas fue más suave de lo que él había esperado. El único comentario que hizo cuando él entró fue:

-Bueno, si quieres malgastar tu dinero...

Ni siquiera mencionó el tiempo de trabajo invertido y el dinero ahorrado para poder comprar el uniforme con su propio dinero.

Parecía cansada. Su papá miraba un partido

de fútbol con el volumen en alto. Seguro que habían tenido una fuerte discusión mientras él había estado por fuera.

"En realidad", pensó Elliot, 'discusión' no era la palabra adecuada", ya que se necesitaba más de una persona para discutir, y su mamá había sido la única en gritar y en llorar, mientras su papá permanecía en la silla ;

Se sentaron a comer en medio de un silencio incómodo. Elliot comió espaguetis a la boloñesa sin degustarlos. A fin de cuentas, todo iba a ser exactamente igual en la nueva casa. Nada iba a cambiar.

-Oye -su mamá se acercó a la mesa y le tocó el brazo. Ella sonrió; era una sonrisa de verdad, no la mueca desgastada que ella solía **esgrimir**-. Hoy conseguí dos trabajos: un turno haciendo aseo en la fábrica de papel en la mañana y dos noches a la semana en un **ancianato**.

Elliot se sintió triste

-¿Cómo vas a hacer para dormir esos dos días? Tendrás que salir directamente de un trabajo al otro.

Ella le apretó el brazo con suavidad.

-No te preocupes, que yo me las arreglaré. Además, estaré acá cuando vengas de la escuela.

"Eso no importa", quiso decir, pero permaneció en silencio; decirle aquello sería reprocharle su esfuerzo.

Ella volvió a sonreír. Notó por vez primera que su mamá tenía canas.

-Vamos a estar bien aquí -dijo ella-. Puedo sentirlo. Un nuevo comienzo para todos nosotros, tú,

y yo

Ella miró a su papá, quien levantó la mirada por encima de los espaguetis. Elliot intentó descifrar sus ojos. ¿Había algo diferente en ellos? ¿La emisión de al menos un agujerito de luz detrás de su opacidad? Se dijo a sí mismo que sí; que simplemente él no estaba mirando atentamente.

Después de la cena, se encerró en el baño y se probó el uniforme. La corbata verde oscura le quedaba muy grande y no había nada que hacer al respecto. "Pero, aparte de eso, lucía bien" pensó aliviado. Lucir bien era fundamental.

Estudió sus rasgos en el espejo. Definitivamente, su corte había funcionado. Hacía que su rostro pareciera más anguloso y adulto. Y más duro. Ya tenía cara de niño.

1

Pero su estatura corta y su complexión menuda eran todavía las de un niño. Iba a distinguirse de los demás: la estatura era una de las primeras cosas que un chico notaba. Y él no podía hacer nada al respecto.

No bien se había acostado, su mamá tocó la puerta y entró. Se sentó en el borde de su cama por primera vez desde que se habían mudado.

-Tienes que ser paciente con él Elliot Está en-fermo. La depresión es una enfermedad. Y además, todavía está físicamente lastimado. Tienes que entender que no es su culpa. Tenemos que tratar de entenderlo. *m.*

-Yo solo quisiera... -se detuvo. No era capaz de expresar lo que quería.

Ella continuó en su lugar: -Solo quisieras que todo fuera como antes. Lo sé. Yo también quisiera

que así fuera. Pero nunca va a volver a serlo. Y vamos a tener que aceptarlo. *

Elliot apartó su mirada de ella y recordó la noche en que su papá no había ido a casa.

Una vez que el negocio comenzó a funcionar, su papá trabajaba casi todos los días hasta tarde, lo cual no era muy agradable: significaba que, a menudo, él no iba a comer a casa. Elliot extrañaba cenar juntos, hablando de nada en particular, siendo solo una familia.

Los sábados también cambiaron: con frecuencia, su papá se encontraba de viaje, visitando un cliente, así que no lo podía llevar a la biblioteca. Entonces, lo llevaba su mamá, lo que no estaba del todo mal, y después ya fue lo suficientemente grande como para ir

solo, pero de algún modo, aquello ya no era tan agradable como antes.

Sin embargo, ellos tres la pasaban bien. Todavía quedaban los domingos, cuando su papá permanecía en casa todo el día. Algunas veces salía temprano del trabajo y todo era como en los viejos tiempos: comer en la mesa de la cocina, hablar, reír. Y si papá no alcanzaba a llegar para cenar, de todas maneras subía a su cuarto para hablar con él, o para desearle buenas noches.

Una noche se estaba haciendo realmente tarde y su papá todavía no había llegado a casa. Elliot había estado esperándolo en la cama, medio dormido,

r

cuando sonó el timbre. Escuchó que abrían la puerta, unas voces extrañas, que volvían a cerrar la puerta, un chirrido de sillas en la cocina, la cual estaba debajo de su cuarto.

Bajó en pijama. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero se quedó escuchando.

No podía oír con claridad, pero logró entender palabras y frases aisladas:

-...asalto... heridas múltiples... hospital... cirugía inmediata...

Elliot comenzó a sentir un miedo que aumentaba cada vez más, así como aquella náusea en el estómago que pronto le sería tan familiar. Quería que las voces continuaran; todo estaría bien mientras así lo hicieran, y nada iría a cambiar.

"Sigue hablando. Sigue hablando"

Luego el ruido de las sillas se fue desvaneciendo; escuchó unos pasos fuertes y que abrían otra vez la puerta. Había dos personas con uniformes de policía; un hombre y una mujer. Lo vieron, se detuvieron, se miraron entre sí y asintieron. La mujer regresó a la cocina. El hombre le lanzó a Elliot una sonrisa forzada.

-Hola. ¿Has estado escuchando?^

Elliot no respondió.

-¿Puedes subir y vestirme? Tu mamá no

tardará en bajar.

**Elliot permaneció en silencio, pensando:
"Esto no es real.**

"No es real. No es real". Aquello solo sucedía en la televisión: la patrulla de la policía afuera, el golpe en la puerta, las personas con uniformes policiales, las palabras sosegadas y las frases cordiales. Era algo que no pertenecía a la realidad. Solo sería real si él fuera parte de ello. Y él no iba a ser parte de ello.

-Tu papá está herido. Te vamos a llevar con mamá al hospital, porque no hay nadie quien te cuide acá. ¿Está bien? Tu mamá se está alistando.

"No era real. No era real. No era real. No era real".

Su papá había sido atacado mientras subía al auto. Quienquiera que hubiera sido (su papá no recordaba nada y no había testigos) se había llevado su billetera, las llaves del auto y su teléfono celular. Y le había fracturado el cráneo, roto las costillas y reventado el bazo. Lo había dejado desangrándose en el pavimento. Muñéndose.

"No era real". Pero sus palabras no iban a detener el curso de los acontecimientos.

-¿Elliot? ¿Me estás escuchando? Te estoy diciendo que él se va a recuperar; solo que va a tomar un tiempo.

En el hospital, mientras visitaba a su papá, observó su cara hinchada como un balón, tubos saliendo de su nariz, de sus muñecas y de su pecho; lo vio moverse con dificultad, casi incapaz de hablar, hecho pedazos. Elliot lloró en aquel momento. Y rezó, así no creyera en Dios.

Pero eso había sucedido tres años atrás. Los huesos sanaron. Su papá regresó a casa. Solo que no pudo recuperarse.

-¿Me entiendes? -le dijo su mamá. Elliot se esforzó en mirarla.

-Claro que te entiendo. Sé que es algo que va a tomar tiempo, como dijeron en el hospital. Solo qui-iifsiera... que nunca hubiera sucedido; eso es todo.

Cuando ella bajó al primer piso, Elliot apagó la luz y miró en la oscuridad, todavía recordando.

Casi podía escuchar la voz de su papá, hacía mucho tiempo.

-Es cuestión de concentrarte en eso -solía decir mientras cenaban-. El único camino es concentrarte en hacerlo. Ese es el único camino.

Y su mamá sonreía y decía: -Por supuesto que sí. ¿Me pasas la sal, por favor? -después de haber escuchado esa frase al menos cien veces antes.

Su papá también se reía y compartía la

broma, pero no solo estaba bromeando.

Una vez, cuando terminaron de cenar, su papá le dijo:

-Escúchame bien, Elliot. Estoy hablando en serio. Existen muchas personas que te dicen que es imposible hacer algo, que te dicen que es mejor no hacer nada, porque es imposible hacerlo. Cuando dije en **mi antiguo trabajo que me retiraba porque iba a instalar mi propio negocio, ¿sabes lo que me contestó mi jefe? Me dijo: "Estás loco. Buena suerte, te guardaremos tu trabajo, para que así tengas a donde regresar cuando hayas fracasado". ¿Puedes creerlo?**

Elliot movió su cabeza, como se suponía que debía hacerlo.

-Ese es el tipo de cosas que ellos te dirán toda la vida, mi chico Elliot. Pero no les prestes atención. No les prestes atención.

Bueno, pero realmente nadie le estaba diciendo ese tipo de cosas a su papá. Nadie le estaba diciendo: "No podrás recuperarte. Es imposible. No hay manera"

Nadie le había dicho ese tipo de cosas a su papá en los últimos tres años. De hecho, había sido todo lo contrario.

Pero podrían haberlo hecho.

Cuando Elliot dijo: "Solo quisiera", lo que quiso decir, lo que no se atrevió a decir fue: "Solo quisiera que se muriera". Pensó en ello de nuevo y se sintió culpable y horrorizado de

haberlo pensado.

Pero en realidad, él no quería que eso sucediera. ¿Cómo iba a querer que su papá se muriera, cuando ya estaba muerto?

La persona que Elliot quería que se muriera era ese hombre que permanecía sentado allí sin decir nada, que miraba distraído y silenciosamente al vacío, el hombre que no era su papá, por mucho que se le pareciera. Si esa persona se muriera, tal vez su

Graham Gardner

papá regresaría de nuevo y entraría por la puerta diciendo...

Elliot apartó esa idea de su cabeza con rabia: "¡Vuelve a la realidad! Eso no va a suceder. Ni hoy ni mañana, ni nunca".

Pero no podía dejar de pensar en deshacerse de él, en gritarle: "¡Vete de aquí! ¡Vete de nuestra casa!", mientras tomaba la olla más grande que hubiera en la casa y destrozaba la pantalla de la televisión y los tubos explotaban con un hermoso *¡PST!*, en medio de una lluvia de chispas.

Sabía que nunca haría eso, no porque no fuera capaz, ni porque no tuviera las agallas para hacerlo. Nunca lo haría porque sabía que no serviría de nada. El hombre en la silla, el impostor, lo miraría vagamente con los mismos ojos vacíos y concentraría de nuevo su atención en la pantalla de la esquina, olvidando la interrupción antes de que realmente se hubiera dado cuenta de ella.

"Te odio. Me odio".

Y eso que aún tendría que vérselas con la

escuela. En menos de una semana.
Tal vez fuera un nuevo comienzo.
Tal vez.

Capítulo 3

El primer día de clases, Elliot se acercó a la entrada de su nueva escuela lleno de malos presentimientos.

La Secundaria Holminster.

Había estado allí poco antes de la Navidad. Lo primero que se le vino a la mente fue *Adiós, Míster Chips*, una vieja película en blanco y negro que había visto. El edificio principal era bastante antiguo: enorme, de adobes rojos y con ventanas de guillotina. Los pocos edificios modernos tenían adobes marrones y ventanas con vidrios oscuros; Todo aquello destilaba clase, buen gusto y opulencia.

Su antigua escuela era un desordenado conjunto de edificaciones con torres bajas, pintadas de rosa. Lo que llamaba la atención eran los grafitis. Las directivas escolares habían dejado de preocuparse por eliminarlos, ya que al menos no desentonaban con la fealdad de la arquitectura.

No habían grafitis en la Secundaria Holminster.

Lo que había era una gran extensión de prado cuidadosamente cortada al frente de la escuela, que se convertía en campo de juego durante el verano. Había árboles viejos, robles y **hayas de gran altura, y surcos llenos de plantas de color pastel y de plantas de vivero. A Elliot le era difícil no deslumhrarse.**

En el interior, se mezclaban lo antiguo y lo moderno, la tradición y la tecnología. Los paneles de madera tallada que recubrían las paredes se mezclaban con los pisos sintéticos. Fotografías en sepia de antiguos directores de la escuela colgaban al lado de pinturas abstractas que no hubieran desentonado en ninguna galería de arte. Más estilo, más buen gusto, más **opulencia.**

Semejante prospecto hablaba con creces de combinar "tradición y patrimonio" con "dinamismo y pensamiento de avanzada".

También hablaba de una "disciplina excelente", de "educación moral" y de "un ambiente positivo y productivo" En cada págin. había por lo menos dos fotografías de estudiantes de la Secundaria Holminster trabajando con esmero, participando en competencias deportivas o exhibiendo premios y trofeos.

Por un instante, Elliot tuvo una sensación de incredulidad. Pero sería agradable si esa sensación hubiera durado, aunque solo fuera por un momento.

Se dejó llevar a través de la puerta de la escuela por un mar de *blazers* rojos.

"Ser uno del montón. Mantente así".

El cuarto de hora siguiente, hasta que comenzaran las inscripciones, podría ser crucial. Nadie debería fijarse en él por algo negativo. Pensó permanecer en un sitio fijo; luego, pensó que sería mejor si se moviera. Intentó ver qué estaban haciendo los otros chicos, pero le era imposible descifrar lo que sucedía a su alrededor. La mayoría de los estudiantes estaban reunidos en pequeños grupos; algunos de estos eran solo de chicos, otros eran solo de chicas y otros eran

mixtos. Se estaban jugando dos partidos. Unos pocos chicos parecían estar

ensimismados.

Elliot se movió, luego se detuvo. Volvió a moverse. Se detuvo de nuevo. Le picaban los pantalones. El cuello de la camisa le molestaba. Sus zapatos le apretaban. El sudor le corría por las axilas, aunque era un día frío. Se imaginaba que el sudor le empapaba su camisa blanca, limpia y recién planchada. Se sentía afortunado en llevar puesto un *blazer*.

No siempre le había parecido que el estudio fuera una pesadilla. Eso era algo que Elliot tenía que seguir repitiéndose a sí mismo. Solo que le era difícil recordar una sola vez en la que las cosas hubieran sido diferentes.

Su primera escuela de secundaria le había gustado; era capaz de reconocerlo; incluso, se había divertido en algunas ocasiones, a pesar de la situación en casa. Tenía un pequeño grupo de amigos con los que pasaba el tiempo. Hacer las tareas era algo que no le disgustaba, especialmente las de Inglés; tenía que escribir informes sobre libros. Algo que le gustaba eran las tareas en las que hubiera que leer.

Luego vinieron los cambios.

~\$!k

Con su papá en el hospital y luego en casa, pero sin poder trabajar, el negocio de los empaques se fue a pique. Su mamá consiguió

empleo en un hogar para ancianos, otro cambio inusual, pues ella nunca antes había trabajado y, sin embargo, no habían podido terminar de pagar la casa. Se verían obligados a buscar un lugar más barato para vivir.

Al comienzo pensó que eso podría estar bien, cuando su mamá le dio la noticia, antes de conocer la clase de apartamento que podían pagar y antes de saber que mudarse significaba retirarse de la escuela en donde había estudiado menos de tres meses y abandonar a todas las personas que conocía

-Lo siento, Elliot -le dijo su mamá-, realmente lo siento. Pero no tengo dinero para que vayas cinco días a la semana a una escuela que está al otro extremo de la ciudad. ¿Me entiendes? -y su rostro quería decir: "Por favor, entiéndeme, por favor, por favor".

Claro que entendía; siempre había entendido. En aquel entonces, tenía once años, y estaba próximo a cumplir los doce. Era lo suficientemente grande para no **refunfuñar; lo suficientemente grande para saber que no serviría de nada discutir.**

Pero desde que había entrado a la nueva escuela, era como si de alguna manera hubiera caído en un estado de total indiferencia. Como si le hubieran robado su energía, su fuerza de voluntad, su deseo de vivir. Cualquier actividad, pensar, hacer algo, le costaba un gran esfuerzo.

Demasiado esfuerzo. No intentó hacer amigos, no hizo nada para evitar que sus notas bajaran.

No hubiera podido sustraerse a ello en su antigua escuela. Allá los profesores estaban más que dispuestos, mirando atentamente a los estudiantes, haciéndoles preguntas de fondo y sosteniendo "charlas breves y sinceras". Pero en su nueva escuela, a ninguno de los profesores parecía importarles que a Elliot no le importara. Ellos simplemente se encargaban de las matrículas, impartían las clases, revisaban las tareas y eso era todo.

En realidad, casi le alegraba que no les importara. Quería pasar desapercibido. Le gustaba que lo dejaran en paz.

Solo que había otras personas que no estaban dispuestas a dejarlo en paz.

Todo comenzó con pequeños "detalles". Patadas en sus tobillos, cuando caminaba por el corredor.

Puñetazos en la cabeza durante las clases, golpes fortuitos mientras se cambiaba la ropa para jugar. Intentó no prestar atención, pensando que las cosas empeorarían si reaccionaba.

Hubo un aumento en los niveles de agresión: las

patadas se volvieron más duras; los puñetazos, más fuertes; los golpes, más frecuentes ^ \

Elliot no sabía quién lo había "escogido". Lo que sí sabía era que estaba completamente solo. Que era bajito y delgado. Que vestía un uniforme evidentemente usado. Que él existía.

Luego vino una "atención más personalizada" Kevin Cunningham, el rey indiscutible de los grados séptimo y octavo, quien tenía la complexión de un estudiante de undécimo y quien ya se afeitaba cuando tenía doce años, le ordenó que fuera al parque. |

-Te daré una lección, Elly. Te enseñaré a no bur-larte de mí. ¿Qué has estado diciendo de mí? ¿Acaso te crees muy listo?

Elliot no había dicho nada acerca de Kevin, no había dicho nada de nadie, esa era la pura verdad Pero parecía que eso no suponía ninguna diferencia. No estaba dispuesto a ir al parque, pero Kevin ya lo había previsto.

El día señalado, cuatro grandulones estaban esperando a Elliot en la puerta de la escuela. La pelea no duró mucho. Elliot no devolvió ningún Uñ golpe, fiel a su creencia de que eso empeoraría las cosas. Salió con un labio partido, con la cabeza adolorida luego de haber caído de espaldas y con siete inmensos moretones en el pecho.

Casi no había sentido dolor. Le preocupaba más que hubiera perdido un botón de su camisa, que quedó completamente ensangrentada, y que sus pantalones quedaran llenos de grasa y de barro. Su mamá le había advertido que tendría que cuidar su propio uniforme.

-Sería bueno que no crecieras. No te puedo comprar otro uniforme.

Tendría que tratar de evitar que su mamá se enterara de lo que había sucedido.

Cuando regresó a casa, atravesó la cocina, notó que su mamá estaba trabajando, y se metió al baño a cambiarse. La puerta estaba sin llave y se quitó la camisa. La sangre le resbalaba desde el labio por el cuello y el pecho. Se la secó cuidadosamente con un trapo para no lastimarse las heridas. Sintió que tocaban la puerta.

-¿Elliot? ¿Estás bien?

Se heló.

-Sí, estoy bien -dijo, tratando de evitar que le temblara la voz.

-¿Elliot? ¿Qué pasa? ¿Qué te ha sucedido?

-No me ha sucedido nada. ¿Por qué su mamá no se iba y lo dejaba en paz? Buscó la camiseta y descubrió que la había dejado en su cuarto, junto con sus pantalones. Le

dolió la cabeza. Comenzó a sentirse mal.

Su mamá empezó a sacudir la puerta.

-Elliot, abre la puerta, por favor. Sé que algo te ha sucedido. Déjame ver cómo estás.

Le dolía todo el cuerpo; debía haberlo sentido desde el primer momento, pero no lo había notado. Sintió deseos de llorar. -¡Elliot!

Cuando lo vio, pareció como si ella también quisiera llorar. Pero no lo hizo. Le revisó la cabeza, le pidió que se quitara sus pantalones maltrechos para asegurarse de que no le estaba ocultando ninguna herida y lo hizo duchar. %

Cuando salió del baño, su mamá ya había llamado a la escuela y había discutido con el director y con el subdirector. Le dijeron que, teniendo en cuenta que la pelea había sido fuera de la escuela y en horas extraescolares, no era un asunto de su injerencia.

-Les contesté que si ellos no solucionaban el problema, yo iría a solucionarlo personalmente y que se las tendrían que ver conmigo.

A Kevin le "llamaron la atención". Eso era todo lo que había hecho el director de la escuela. Solo eso, pues no hubo testigos independientes que declararan quién había comenzado la pelea.

Desde ese día, la vida de Elliot se convirtió en un infierno.

.#

No hubo más peleas, aparte de la cr e acabó con todo. Pero lo que se vino después fue casi peor. Comenzó la campaña del cuchicheo: "Elliot apesta. Elliot se orina en la cama. Elliot es marica". Rumores estúpidos e infantiles que nadie hubiera creído por un segundo. Pero los rumores comenzaron a circular, se difundieron, se multiplicaron y se hicieron más complejos. Los chicos comenzaron a mirarlo con desprecio, a burlarse con malicia, a simular actos obscenos, a amenazarlo.

En los camerinos y fuera de las canchas había oportunidades para algo más que rumores. Lanzaban su ropa deportiva a las duchas. Barro (y cosas peores) en sus zapatos. Golpes en sus costillas y espalda. Arremetidas violentas cuando jugaban *rugby* o fútbol, que le dejaban las huellas de los taches en sus espinillas y que le sacaban el aire.

Y otras cosas mucho más terribles. Experiencias demasiado vergonzosas como para pensar en ellas.

Creía que todo sería peor si se defendiera, así que optó por no hacerlo. Entonces, decidió volverse invisible, intentó pasar desapercibido. Si no se fijaban en él, seguramente lo dejarían en paz.

Pero su actitud no sirvió de nada. Ellos querían fijarse en él, les agradaba fijarse en él; lo buscaban con **ahínco** en los corredores, en los juegos, en el comedor, en todas partes.

Buscó refugio en la biblioteca durante un recreo, pero fueron por él y lo sacaron. El profesor encargado miró y dijo en un tono cansado:

-Si lo que quieren es hacer travesuras, las pueden hacer afuera.

Solo las aulas de clase eran relativamente seguras; lo peor que le podían hacer era darle un golpe, pa-

tearlo o arrojar sus libros y materiales al suelo, para luego pisarlos "accidentalmente".

-Lo siento, Elliot. ¿Eran tus cosas? No me había dado cuenta.

Y así, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Hasta que fue como si siempre hubiera sido así y fuera a ser así por siempre jamás, hasta el final de la vida.

Sabía que no era la única víctima. Había ármenos dos peleas por semana, unas veces en el parque, otras en el patio de recreo. Vio a otros ser sometidos a lo mismo que él, a otros en los que se habían fijado. Pero no se sintió mejor; no conocía a ninguno de ellos y no quería conocerlos.

"Todos nosotros somos unos perdedores".

Lo único que le permitía soportar

semejante situación era que pudiera ocultar lo que le estaba sucediendo.

Los estudiantes violentos no eran tontos. Inflingían la violencia de modo que su mamá no se diera cuenta. Nunca le arrojaron su uniforme a las duchas, no le tocaron el rostro, ni sus libros.

Le estaban haciendo un favor, así no tuvieran modo de saberlo. Lo último que él deseaba era que, para colmo de males, su mamá se preocupara por él.

Su papá había salido del hospital prácticamente inválido. Le tenían que licuar los alimentos. No se podía duchar por sus propios medios. Ni siquiera se podía afeitarse.

pudiera imaginar. Ella siempre tenía alguna historia que contar acerca de sus "viejos queridos", como llamaba a los residentes del ancianato.

Algunas veces, en medio de alguna historia sobre su lugar de trabajo, su mamá dejaba de hablar súbitamente, y él intentaba hacerla continuar, porque de lo contrario, ella estallaba en llanto. Elliot era incapaz de soportar aquello, no sabía realmente qué hacer, tenía que tratar de no mirarla, hasta que ella comenzaba a llorar, se sonaba la nariz y decía: "Lo siento, lo siento, lo siento", y él no sabía si ella se refería a su llanto o a otra cosa.

Más tarde, se acostaba en su cama y leía durante horas, hasta las 2:00 o 3:00 a.m., o

incluso durante toda la noche, hasta que ya no podía mantener sus ojos abiertos. Poco importaba lo que leyera, siempre y cuando le espantara el sueño, siempre y cuando postergara sus pesadillas.

El miedo no lo dejaba ni siquiera cuando estaba dormido.

No se había enterado de que durante todo ese tiempo, aquellos tres años interminables, su mamá había hecho dos cosas.

Una: había solicitado una "compensaron por lesiones personales" en nombre de su papa. Si alguien sufría lesiones en las circunstancias de su papá, el gobierno acostumbraba a pagar una suma de dinero, dependiendo de la gravedad de las lesiones. El gobierno no le dio una fortuna, pero fue suficiente para dar la cuota inicial de una casa económica.

Dos: ella había buscado otra casa para vivir. Lejos de la ciudad y de todos los recuerdos que encerraba. ^ Un lugar donde pudieran volver a comenzar.

Ella no le había dicho nada de lo que estaba haciendo; quería sorprenderlo una vez que todo estuviera listo.

Luego...

Él dejó los recuerdos a un lado.

Ta nada de eso importa".

Estaban comenzando otra vez. Los tres.

¿Sintió un sobresalto cuando escuchó la campana que anunciaba las matrículas. No le había hablado a nadie. Nadie le había hablado. Mal. Una vez adentro, y luego de encontrar un mapa en la oficina de los formularios, avanzó por corredores repletos de chicos que ya se conocían entre sí y que no se molestaron en mirarlo. Muy mal. Cuando el profesor del curso lo anunció como un nuevo estudiante, algunos chicos lo miraron despreocupadamente y luego lo ignoraron. Demasiado mal.

Intentó pensar positivamente: "Por lo menos no se han fijado en mí por algo negativo. Todavía no".

Era mejor que no se fijaran, a que se fijaran por algo negativo.

gobierno no le dio una fortuna, pero fue suficiente para dar la cuota inicial de una casa económica.

Dos: ella había buscado otra casa para vivir. Lejos de la ciudad y de todos los recuerdos que encerraba. Un lugar donde pudieran volver a comenzar.

Ella no le había dicho nada de lo que estaba haciendo; quería sorprenderlo una vez que todo estuviera listo.

Luego...

El dejó los recuerdos a un lado.
Ta nada de eso importa".
Estaban comenzando otra vez. Los tres.

Sintió un sobresalto cuando escuchó la campana que anunciaba las matrículas. No le había hablado a nadie. Nadie le había hablado. Mal. Una vez adentro, y luego de encontrar un mapa en la oficina de los formularios, avanzó por corredores repletos de chicos que ya se conocían entre sí y que no se molestaron en mirarlo. Muy mal. Cuando el profesor del curso lo anunció como un nuevo estudiante, algunos chicos lo miraron despreocupadamente y luego lo ignoraron. Demasiado mal.

Intentó pensar positivamente: "Por lo menos no se han fijado en mí por algo negativo. Todavía no".

Era mejor que no se fijaran, a que se fijaran por algo negativo.

gobierno no le dio una fortuna, pero fue suficiente para dar la cuota inicial de una casa económica.

Dos: ella había buscado otra casa para vivir. Lejos de la ciudad y de todos los recuerdos que encerraba. Un lugar donde pudieran volver a comenzar.

Ella no le había dicho nada de lo que estaba haciendo; quería sorprenderlo una vez que todo estuviera listo.

Luego...

Él dejó los recuerdos a un lado.
"Ya nada de eso importa".
Estaban comenzando otra vez. Los tres.

Sintió un sobresalto cuando escuchó la campana que anunciaba las matrículas. No le había hablado a nadie. Nadie le había hablado. Mal. Una vez adentro, y luego de encontrar un mapa en la oficina de los formularios, avanzó por corredores repletos de chicos que ya se conocían entre sí y que no se molestaron en mirarlo. Muy mal. Cuando el profesor del curso lo anunció como un nuevo estudiante, algunos chicos lo miraron despreocupadamente y luego lo ignoraron. Demasiado mal.

Intentó pensar positivamente: "Por lo menos no se han fijado en mí por algo negativo. Todavía no".

Era mejor que no se fijaran, a que se fijaran por algo negativo.

pudiera imaginar. Ella siempre tenía alguna historia que contar acerca de sus "viejos queridos", como llamaba a los residentes del ancianato.

Algunas veces, en medio de alguna historia sobre su lugar de trabajo, su mamá dejaba de hablar súbitamente, y él intentaba hacerla continuar, porque de lo contrario, ella estallaba en llanto. JElliot era incapaz de soportar aquello, no sabía realmente qué hacer, tenía que tratar de no mirarla, hasta que ella comenzaba a llorar, se sonaba la nariz y decía: "Lo siento, lo siento, lo siento", y él no sabía si ella se refería a su llanto o a otra cosa.

Más tarde, se acostaba en su cama y leía durante horas, hasta las 2:00 o 3:00 a.m, o incluso durante toda la noche, hasta que ya no podía mantener sus ojos abiertos. Poco importaba lo que leyera, siempre y cuando le espantara el sueño, siempre y cuando postergara sus pesadillas.

El miedo no lo dejaba ni siquiera cuando estaba dormido.

No se había enterado de que durante todo ese tiempo, aquellos tres años interminables, su mamá había hecho dos cosas.

Una: había solicitado una "compensación ; or lesiones personales" en nombre de su papá. Si alguien sufría lesiones en las circunstancias de su papá, el gobierno

**acostumbraba a pagar una suma de dinero,
dependiendo de la gravedad de las lesiones.
El**

pudiera imaginar. Ella siempre tenía alguna historia que contar acerca de sus "Viejos queridos", como llamaba a los residentes del ancianato.

Algunas veces, en medio de alguna historia sobre su lugar de trabajo, su mamá dejaba de hablar súbitamente, y él intentaba hacerla continuar, porque de lo contrario, ella estallaba en llanto. Elliot era incapaz de soportar aquello, no sabía realmente qué hacer, tema que tratar de no mirarla, hasta que ella comenzaba a llorar, se sonaba la nariz y decía: "Lo siento, lo siento, lo siento" y él no sabía si ella se refería a su llanto o a otra cosa.

Más tarde, se acostaba en su cama y leía durante horas, hasta las 2:00 o 3:00 a.m., o incluso durante toda la noche, hasta que ya no podía mantener sus ojos abiertos. Poco importaba lo que leyera, siempre y cuando le espantara el sueño, siempre y cuando postergara sus pesadillas.

El miedo no lo dejaba ni siquiera cuando estaba dormido.

No se había enterado de que durante todo ese tiempo, aquellos tres años interminables, su mamá había hecho dos cosas. -

Una: había solicitado una "compensación por lesiones personales" en nombre de su papá. Si alguien sufría lesiones en las circunstancias

de su papá, el gobierno acostumbraba a pagar una suma de dinero, dependiendo de la gravedad de las lesiones^El gobierno no le dio una fortuna, pero fue suficiente para dar la cuota inicial de una casa económica.

Dos: ella había buscado otra casa para vivir. Lejos de la ciudad y de todos los recuerdos que encerraba. Un lugar donde pudieran volver a comenzar.

Ella no le había dicho nada de lo que estaba haciendo; quería sorprenderlo una vez que todo estuviera listo.

Luego...

El dejó los recuerdos a un lado.

"Ya nada de eso importa".

Estaban comenzando otra vez. Los tres.

Sintió un sobresalto cuando escuchó la campana que anunciaba las matrículas. No le había hablado a nadie. Nadie le había hablado. Mal. Una vez adentro, y luego de encontrar un mapa en la oficina de los formularios, avanzó por corredores repletos de chicos que ya se conocían entre sí y que no se molestaron en mirarlo. Muy mal. Cuando el profesor del curso lo anunció como un nuevo estudiante, algunos chicos lo miraron despreocupadamente y luego lo ignoraron. Demasiado mal.

Intentó pensar positivamente: "Por lo menos no se han fijado en mí por algo negativo. Todavía no".

Era mejor que no se fijaran, a que se fijaran por algo negativo.

Capítulo 4

A diferencia de su antigua escuela, el director de la Secundaria Holminster no tuvo que pedir silencio en la reunión **matinal**. El leve **bullicio** se esfumó, tan pronto subió al escenario del salón de eventos.

El director miró los rostros silenciosos y ansiosos, que miraban hacia arriba, y sonrió.

-Reciba cada uno de ustedes la más cálida bienvenida, especialmente todos aquellos que acaban de unirse a nosotros. Estoy seguro de que este será un buen, no, un gran nuevo año para la Secundaria Holminster, y también tengo la certeza de que cada uno **de ustedes tiene el potencial para hacer parte de esta grandeza...** -las palabras afluían con suavidad y fluidez, como si cada frase hubiera sido ensayada hasta la perfección-... **Establecer y fortalecer vínculos con una comunidad más amplia... continuar con nuestro historial de excelencia académica y deportiva. .. mantener la tradición de la escuela...**

Elliot dejó que las palabras lo envolvieran y se preguntó cuándo sería su primera prueba.

Sabía que no iba a tener que esperar mucho tiempo-

P°-

|

Percibió la primera señal de problemas durante el recreo de la mañana.

Había estado algunos minutos afuera, buscando reunir fuerzas para acercarse a alguien y presentársele, cuando vio que un chico se dirigía hacia él. Parecía tener su misma edad, pero era un poco más alto y fuerte. Tenía el cabello rubio y corto, peinado

hacia adelante, y facciones angulares que eran amables, pero ligeramente solapadas.

"No puedo confiar en él", pensó Elliot inmediatamente. Había visto esa misma expresión muchas veces antes en personas que utilizaban la amistad como una fachada para ganar su confianza, antes de...

Procuró ignorar la leve sensación de náusea en su estómago.

-Eres nuevo, ¿cierto? -preguntó el chico. Elliot asintió. No había nada que perder intentando ser amable.

-¿Cómo te llamas?

-Elliot. Elliot Sutton. El chico arqueó las cejas.

-¿Elliot? Se parece a Elly. ¿Es acaso un nombre femenino? -su tono aún era amable y le sonrió.

Elliot se preparó y le devolvió la sonrisa. Estaba esperando algo semejante, y sería lo mismo pegarse un tiro que caer en aquella trampa.

-Elliot -dijo-. Elliot como Elliot.

Ambos sostuvieron la mirada, sin que ninguno de los dos fuera abiertamente desafiante, sin que ninguno de los dos diera un paso atrás. Una parte de Elliot estaba asombrada de que hubiera tenido el valor para mantenerse firme, mientras otra parte de él pensaba: "Si cedes esta vez, mejor te olvidas de todo. Tienes que ser firme. No permitas que se dé cuenta de que tienes miedo".

Súbitamente, el chico bajó su mirada y extendió su mano. Su sonrisa se convirtió paulatinamente en una risa.

-Está bien, entonces te llamas Elliot. Encantado de conocerte. Me llamo Oliven

Elliot un poco aturdido, apretó su mano. La campana sonó, señalando el fin del recreo.

-Nos veremos esta tarde en los juegos -le dijo Oliver y se fue.

Elliot tragó saliva. El sabor de la pequeña victoria era amargo. Los juegos serían la verdadera prueba.

Le costó un esfuerzo enorme atravesar la puerta

del camerino. Le era terriblemente familiar. Todos los

camerinos eran iguales; tenían el mismo olor a

sudor rancio, a ropa húmeda y a talco para los pies.

Sentía el piso ligeramente pegajoso en sus zapatos.

Unos chicos fingían pelear y jugaban a lanzar y a agarrar botas, mientras otros acusaban en voz

alta al vecino de tener mal olor en los pies. }

|-Encontró espacio libre en una banca y se cambió sin mirar a nadie, como si no le importara que lo estuvieran mirando. Esperó a que comenzaran las bromas: "Oigan, miren a Elliot. Apuesto a que mi hámster lo tiene más grande... Oye, estás seguro de que este es tu camerino? El de las niñas está aquí al lado..." | !iii|

Terminó de amarrarse los cordones. Por increíble que fuera, parecía que todos estaban más interesados en calzar sus zapatillas de fútbol que en él.

Phillips, el profesor de deportes, apareció en la puerta. Todos estaban ocupados vistiéndose o desvistiéndose, concentrados especialmente en los botones y los cordones. El profesor dio unos pasos en el camerino. Tenía la complexión de un luchador y estaba bloqueando gran parte de la luz.

-¿Quién diablos está haciendo este desorden?

Todos los chicos agacharon sus cabezas, evitando

así la mirada del profesor.

I jt.

-¡Ya basta! Los estaba escuchando desde afuera. Deberían haber salido de aquí hac' cinco minutos. Si

siguen haciendo desorden, tendrán que darle vueltas a la pista en vez de jugar *rugby*.

"No estaría del todo mal", pensó Elliot. Le hubiera gustado darle vueltas a la pista, pues hacer ejercicio era algo que no le desagradaba. Lo que sí detestaba era jugar *rugby* y que el mismo monstruo de diez toneladas arremetiera contra él deliberadamente y le cayera seis veces encima durante un partido, y que el profesor de deportes se quedara mirando sin hacer nada, seguramente disfrutando por dentro. Detestaba que le gritaran por no agarrar el balón, cuando era imposible hacerlo, pues solía estar frío y recubierto del barro húmedo y grueso del invierno.

Oliver se marchó sin haber hablado con Elliot quien se fue trotando en aquel día frío y soleado

con su pecho comprimido y el corazón latiéndole de un modo desagradable. Era en momentos como ese, donde la capacidad actoral de la que a veces era capaz, podía hacerlo quedar mal de manera instantánea.

Pero a fin de cuentas, y sorpresivamente, no jugó tan mal. Corrió lo suficiente como para convencer al profesor Phillips y a sus compañeros de que sí estaba interesado y dispuesto a agarrar el balón, aunque lo hubieran derribado tres segundos luego de haberlo atrapado por primera y última vez.

Alguien corrió con peor suerte; se trataba de un chico desgarrado, de nariz tosca y con la frente llena de manchas rojas. Todos los pases parecían estar dirigidos a él. Si agarraba el balón, lo derribaban **inmediatamente, lo revolcaban en el suelo una y otra vez, hasta que incluso su rostro quedaba oscuro de tanto barro. En un par de ocasiones, Elliot vio cómo le hacían una llave a escondidas hasta hacerlo caer, mientras que el rival se aseguraba de que quedara tan sucio como fuera posible. Cuando no agarraba el balón, lo que era usual, sus compañeros de equipo lo miraban con aire de reproche.**

Cuando terminó el partido, el equipo de Elliot había perdido 16 a 24. Notó que el chico de nariz tosca se había rezagado. Una vez en el camerino, Elliot se quitó rápidamente la ropa y se metió en la ducha. Quería entrar y salir tan rápido como fuera posible. Los jugadores más apasionados de su equipo

estaban molestos por la derrota y él no quería ser...'

Dejó que el agua caliente le quitara el barro y él sudor.

-Buen partido -dijo alguien que estaba a su lado. Elliot tenía el vago recuerdo de haberlo visto en la clase de Inglés. Era Steward Masters, un centro delantero grande y corpulento, que jugaba de manera agresiva y que se deshacía de sus contrincantes a punta de codazos. Aún llevaba puesta su pantaloneta de *rugby* y estaba immaculado.

"No me mires, por favor", pensaba Elliot. Indinó su cabeza hacia atrás para que el chorro de agua cayera sobre su cara, mientras fingía estar despreocupado. Sentía la piel fría, a pesar de que e¹ agua estaba bastante caliente; tanto que el pequeño espaá estaba envuelto en nubes de vapor.

Cuando volvió a mirar, Steward ya se había ido.

"Gracias, Dios mío". Elliot salió de la ducha y comenzó a secarse con la toalla.

-Aquí está. Encontré al lloroncito.

El camerino quedó en silencio.

Elliot sintió escalofríos. Pero no se estaban refiriendo a él. En un extremo del camerino, Steward Masters había agarrado del cabello al chico de nariz tosca.

Todos los demás estaban tan inmóviles que parecían estatuas de arcilla. Había una atmósfera de gran expectativa, una calma desprovista de olores corporales, de sudor, de ropas húmedas, de sonidos, de duchas, de respiración, de cualquier cosa que desviara la atención de lo que

iba a suceder.

Steward habló con parsimonia en medio del silencio:

-¡Eres un mocoso, Baker! ¿Qué es lo que eres?

-Un mocoso -dijo, con una voz plana, muerta.

-Más fuerte, Baker. Quiero que todo el camerino te oiga.

-Soy un mocoso.

-Y apestas, porque nunca te duchas, ¿no es así?

-Yo... apesto porque nunca me ducho -farfulló Baker.

-Eres desagradable, Baker. Me estoy ensuciando al tocarte.

-Soy desagradable.

-¿Acaso te di permiso para hablar, pequeño gusano? ¡Apestoso! ¿Acaso te he dado permiso?

Steward soltó al chico. La tensión en el camerino era aún palpable. Todos sabían que las cosas no iban a terminar todavía. Elliot tomó la toalla, se cubrió con ella y súbita mente, sintió **el aire frío. Tenía la piel erizada**

Steward continuó: -

-Apestas, Baker. Quítate la ropa y métete a la ducha!

El chico comenzó a desvestirse lentamente y puso cuidadosamente su ropa en la banca de madera que estaba detrás de él. Su piel

era de color hueso, de una palidez enfermiza. Parecía un fantasma o un cuerpo inerte, animado por una fuerza sobrenatural. Atravesó desnudo por el camerino y se metió a las duchas.

Todo seguía inmóvil.

Steward examinó el cuarto.

-Necesito un voluntario. Rápido, antes de que llegue Phillips -señaló a Olíver- Tú. Te ocuparás del agua.

Sabiendo muy bien lo que esperaban de él, Oliver caminó hasta la pared, en donde estaba la maraña de tuberías y perillas que controlaban el flujo y la temperatura del agua de las duchas. Estiró la mano y rápidamente hizo girar una perilla en el sentido de las agujas del reloj.

-Una deliciosa ducha fría, Baker, para que te quites la peste de encima -dijo Steward. Y señaló a otros dos chicos-: Ustedes dos, encargúense de la ropa.

Ellos ya conocían las instrucciones; la ropa de Baker fue arrojada a las duchas.

Elliot se preguntaba cuántas veces le habría sucedido eso a Baker o a cualquier otro. Lo que había visto le daba la impresión de una rutina perfeccionada luego de mucho practicar.

-¿Qué diablos sucede?

En un instante, todo se convirtió en una escena llena de actividad.

El profesor de deportes entró al camerino y fue directo a las duchas.

Elliot se apresuró a ponerse los *boxers* y los pantalones, mientras su cabeza le palpitaba.

"¿Por qué estás tan preocupado?", le susurró

una vocecita en su cabeza. "No has hecho nada".

El profesor de deportes giró una de las válvulas de la pared y el sonido de las duchas desapareció.

-¡Largo de aquí!

Baker caminó hacia el camerino, cubriéndose sus partes nobles con las manos, mientras su cuerpo blanco y delgado temblaba.

-¿Por qué no te has vestido, Baker? -su voz denotaba impaciencia.

Torpemente, el chico se dio vuelta hacia las duchas.

-¡Por estar llorando! -la mirada del profesor Phillips recorrió todo el cuarto. Elliot vio que Steward miraba desafiante y descaradamente. Recordó haber visto ese nombre escrito con letras doradas en el cuadro de honor de *rugby*. Sintió que el profesor de deportes inclinaba la balanza de sus preferencias.

El profesor se volvió hacia Baker.

-Recoge tus ropas y vístete. Apresúrate -luego,

se volvió hacia los demás-. Y ustedes, tienen tres minu-

tos para hacer lo mismo, de lo contrario, |e tendrán

que duchar con agua fría. ^ |

Elliot terminó de anudarse la corbata, se puso el *blazer* y salió antes de que cualquiera tuviera tiempo de hablarle.

"Que no se fijen en ti". Pero sabía que iba a ser solo cuestión de tiempo antes de que lo hicieran. Y entonces, seguiría a Baker en las duchas.

"Nada iba a ser diferente acá. Nada. Fui un

Graham Gardner

estúpido al imaginarme algo diferente".

Capítulo 5

Sintió un desespero y un miedo crecientes durante las dos semanas iniciales.

Tenía la ropa apropiada. Tenía el corte de cabello apropiado. Su sitio en clase era el apropiado, ni muy adelante, ni muy atrás. Pero sabía que no bastaba con eso.

Los años pasados en su antigua escuela le habían enseñado. Esforzarse para que no se fijaran en él era algo que estaba destinado al fracaso. Había chicos que ocupaban su tiempo en encontrar a otros que se esforzaban en que no se fijaran en ellos.

No podía esperar a que simplemente no lo no-laran, así que tenía que asegurarse de que se fijaran en él por algo positivo. "Claro que sí, Einstein. Diez sobre diez por tu brillante lógica. Todo lo que tengo que saber es cómo hacerlo".

Tenía una teoría: que se fijaran en él por algo positivo implicaba destacarse lo suficiente como para encajar. Tenía que desarrollar alguna cualidad que les hiciera pensar a los demás: "Ah, ese chico es alguien". Podía ser carisma o fuerza, o tocar rock en la guitarra, o ser buen futbolista, cualquier cosa. Cualquier cosa por la que se destacara lo suficiente como para encajar.

Elliot no se había destacado por nada semejante en su antigua escuela; se había destacado por algo negativo. No podía hacer lo mismo acá.

Y ya tenía una desventaja: estaba comenzando noveno grado, y como si fuera poco, a mediados de año. La mayoría de las amistades y de las alianzas ya se habían establecido con mucha anterioridad.

Necesitaba una oportunidad. Una ocasión en la que pudiera lograr que lo miraran, lo vieran y se fijaran en él por algo positivo. Y necesitaba que eso sucediera rápido, antes de que lo miraran, lo vieran y se fijaran

m

e o negativo.

n Todos los días miraba la cartelera
él para ver si encontraba algún grupo
p al cual unirse, una vía rápida para
or ser aceptado. Había un buen número
al de **lu**-bes escolares, todos buscando
g nuevos miembros . de

ajedrez, de debates, de música, de
matemáticas, de teatro,..

Una o dos veces se había metido la mano al bolsillo, había tocado el bolígrafo, pero la había vuelto a sacar. Volverse miembro de un club podría ser un claro indicio de que estaba optando por la vía rápida para ser aceptado y eso podría marcarlo en un sentido completamente negativo, haciéndolo parecer un tonto o un bicho raro.

"Si te destacas por algo negativo, eres hombre muerto".

Fútbol... *rugby*... tenis..!"Se buscan nuevos jugadores". En esta escuela, parecía que quienes tenían poder te miraban con buenos ojos, si eras bueno .para los deportes. Pero cada que leía los anuncios salía con las palmas de sus manos húmedas del miedo. No iba a ser capaz. No solo detestaba los deportes, sino que no era bueno para ellos. El *rugby* de los lunes por la tarde eran 70 minutos de pavorosos cólicos estomacales.

"Si te destacas por algo negativo, eres hombre

muerto" \ ||:

Durante la tercera semana de clases, tuvo la oportunidad de salvarse; vio un anuncio que invitaba a los estudiantes de noveno a formar parte del equipo de natación.

Era un buen nadador, podía decirlo no como una presunción, sino como un hecho. En el centro **recreativo de la** ciudad, mientras sus amigos jugaban **y hacían fila para el** tobogán, **él** se dedicaba a nadar **en serio. Aprendió a deslizarse en el agua, en lugar de luchar contra ella; se volvió resistente, aprendió diferentes brazadas. Sus amigos se reían de él pero no le importaba. Ellos no sabían de lo** que se **estaban perdiendo.**

Lo veía como un deporte. La finalidad/de los deportes era la competencia, ser consciente de los otros e intentar ganarles. No había nada que pudiera compararse con la natación; se sentía en su propio mundo, en un mundo libre de los demás.

Tuvo una oportunidad para destacarse por algo positivo.

"Tal vez sea mi única oportunidad. Que mi teoría sea cierta, por favor. Que no desperdicie esta oportunidad, por favor".

Los entrenamientos eran los jueves después de clases. Llegó a la piscina de Holminster sintiéndose débil y enfermo.

El camerino estaba repleto. Vio que varios chicos lo miraban de arriba abajo mientras se cambiaba examinándolo con cuidado, sin molestarse en ocuparlo. Esa era otra de las razones por las cuales detestaba los deportes; era bastante consciente de su complexión, de sus brazos y piernas delgadas,-aunque sabía que eran normales: estaban compuestos de masa muscular, huesos y piel Todos los que estaban allí parecían ser más grandes que él y vio a dos

58

chicos con paquetes de cerveza. Procuró no llamar la atención.

Comenzaron a decir en una voz que no era muy baja:

-Oye, no nos gustan los soplones.

-Díganle a ese que las hambrunas son en África.

Salió del camerino hacia la piscina, sintiendo un ardor en el estómago.

Fue uno de los primeros en ser llamado. Por un momento terrible, pensó que iba a enfermarse. Luego, la sensación desapareció. Estaba con cuatro chicos, cuando un hombre de cabeza cuadrada que vestía sudadera les dio las instrucciones. % -Posición de salida, sumérjanse, doce piscinas en estilo libre.

Elliot tomó posición. Sus tobillos tocaron el agua. No se atrevió a mirar a ningún lado,

excepto al agua que tenía enfrente.

"Mi única oportunidad".

Se puso los lentes de natación y constató que le quedarán ceñidos. Respiró profundo, sintió el limpio olor a desinfectante que le era familiar. Estaba tensado, listo para el disparo de salida. Los otros nadadores que estaban a su alrededor debían estar haciendo lo mismo, pero difícilmente se percataba de ello; habían dejado de tener importancia alguna. La única realidad importante, la única realidad verdaderamente real era su cuerpo y el agua debajo. Súbitamente, ya no se sentía nervioso.

"Puedo hacerlo".

Escuchó la pistola de salida. Entonces, atravesó la superficie del agua hacia abajo, pero no demasiado, subiendo y emergiendo, abriéndose paso por entre el agua rápida y fluidamente. Una parte de él habiéndole a la otra, en un lenguaje mudo que no le hubiera podido explicar a nadie que no lo conociera.

Una, dos, tres... ocho... 15... 20. Tocó la tabla y se detuvo, mientras su corazón latía aceleradamente. Subió de un tirón al borde de la piscina y escucho que anunciaban por el altavoz que Elliot Sutton había sido el más rápido, y que los próximos cinco nadadores debían tomar posiciones.

Gracias a su desempeño, Elliot sería uno de los integrantes del equipo» de natación de la Secundaria Holminster. Así de simple. Apretó la mano del hombre de cabeza cuadrada en sudadera, quien resultó ser el entrenador del equipo, y luego sintió sus dedos triturados por el apretón de alguien que resultó ser el capitán del equipo. La única atención que recibió en el camerino fueron los asentimientos amistosos y las miradas de admiración.

"¡Lo logré! ¡Me destacué por algo positivo!".

Hubiera podido llorar de alivio y de felicidad. Se sentía un poco temeroso de aceptar la atención y de poder echarlo a perder todo. Mientras salía alguien

le dijo: **I** | ^

-Te veré la próxima semana. *m*

El le hubiera dicho probablemente **J** mismo a cualquiera de los otros nadadores, pero no tenía importancia. Lo que importaba, lo que marcaba la diferencia, es que se lo habían dicho a él. Elliot se fue a casa envuelto en una nube de euforia, repitiendo las palabras una y otra vez: "Te veré la próxima semana... Te veré la próxima semana...". Era increíble. Lo había logrado. Se había destacado por algo positivo. De ahora en adelante, todo sería

diferente. Lo sabía. Dejaría de dudar.

No es que se hubiera convertido repentinamente en una celebridad. No lo aplaudían ni lo saludaban cuando caminaba por los corredores. Nadie lo invitó a formar parte de ningún club o asociación. No había hecho amigos. Pero se había destacado por algo positivo.

Ya no era el chico que miraba nerviosamente a su alrededor para ver si alguien se fijaba en él. Ya no se estremecía cuando así sucedía. Si alguien lo reconocía, era amistosamente y no con hostilidad; un asentimiento, una leve sonrisa, un paso atrás para dejarlo seguir. Un chico desconocido lo invitó a jugar bolos y le presentó a un par de chicas de su curso, aunque estaban tan borrachas que escasamente se dieron cuenta.

Y ahora contaba con el equipo de natación; un lugar donde encajaba y era tan respetado como los demás. Entrenaban tres veces por semana, siempre antes de clases. Se despertaba temprano con el mayor de los gustos y soportaba los gritos del entrenador,
Graham Gardner

no solo a cambio de las charlas amistosas y agradables que sostenían en el camerino, sino también de ir acompañado a la escuela.

Pero algo terminó por dar al traste con todo.

Sucedió la mañana siguiente al entrenamiento. Elliot apenas si había cruzado la puerta de la escuela, cuando Oliver, quien no le había vuelto a hablar desde la primera vez, fue hacia él, le tendió la mano y le dijo:

-Anoche me enteré. Vas bien.

-Gracias. #

Elliot procuraba actuar con cautela, tratando de no parecer muy entusiasta. Tal vez Oliver fuera la clase de persona que le lamiera el trasero a aquel que fuera el chico del momento, desesperado por agradarle a los chicos importantes o deseando que lo vieran con ellos para gozar de la fama en su compañía. Sin embargo, Oliver no parecía pertenecer al grupo de los desesperados. Irradiaba un aire de seguridad y de desenvolvimiento suficiente para dar la impresión de que le tenía sin cuidado si le agradaba o no a Elliot.

"Cualquier cosa me da lo mismo", pensó Elliot.

Hubo un silencio y Oliver pareció disfrutarlo. Elliot intentó decir algo, pero antes de que lo hiciera, Oliver le dijo:

-Tienes un problema.

-¿Qué quieres decir? -Elliot se puso inmediatamente en alerta, listo para enfrentar cualquier problema. Lo habían sorprendido muchas veces de ese modo. Primero una sonrisa **y** luego...

-Tienes un problema, **y** es que no sabes nada de nada

Lo dijo como una declaración de hecho. Elliot perdió el balance, **y** no supo qué responder. Sintió una contracción en el pecho.

Oliver sonrió.

-Los nuevos estudiantes de Holminster no saben nada al comienzo. A menos que corras con suerte, te enterarás luego de cometer muchos errores, antes de que alguien te diga cómo funcionan las cosas acá. Pero como me caes bien, te diré cómo funcionan. Piensa en mí como en un guía útil.

Su voz era aún amigable, pero Elliot percibió otra cualidad, acentuada pero indefinible. Eso lo puso nervioso. La voz casi inaudible que había escuchado en el camerino le había dicho: Ten cuidado con lo que dices de ahora en adelante".

Oliver examinó el patio de recreo, actuando como si tuviera cuidado de que nadie estuviera viendo o escuchando. Se volvió hacia Elliot, aparentemente satisfecho. ¡I -Te hablaré de los Guardianes.

< Elliot sintió que se le disparaba el pulso en el cuello, aunque ese nombre no le decía nada.

-¿Por qué... por qué habría de saber algo acerca de esos... Guardianes?

Oliver sacudió la cabeza lentamente, mientras sonreía.

-No es que quieras saberlo o no. Sucede que los Guardianes quieren que tú sepas de ellos, por tu propio... bienestar y seguridad.

Elliot intentó apartar la incómoda sensación que sentía. Podía intuir lo que Oliver quería decir.

-Entonces los Guardianes son los malos de la escuela, ¿eso es lo que estás tratando de decirme?

Oliver se rio.

-Me temo que no. No, los Guardianes no son los... malos. Tienes que pensar en ellos como en.... una organización. Los Guardianes controlan a los malos, aunque sospecho que ese término no les agradaría. Los Guardianes... organizan cosas. Te lo explicaré: los profesores tienen autoridad en los salones, ¿no es cierto? Es su territorio, pero fuera de ellos no tienen control sobre nada en absoluto. ¿Entiendes? Porque es el territorio de los Guardianes. Afuera, sucede lo que los Guardianes ordenen. Si un chico es castigado, es porque así lo han decidido los Guardianes. Ellos señalan quiénes deben ser castigados y quiénes son los que deben infligir los castigos; otras veces escogen al chico que va a ser castigado y dejan que la naturaleza siga su curso. ¿Entiendes lo que te Higo?

Guardianes.... castigos... señalamientos. P. abras elaboradas para designar cosas desagradables y conocidas: malvados,

violencia, intimidación,

-Mira la cartelera con frecuencia. Allí es donde salen los anuncios a los que se supone que debes acudir. Busca los papeles amarillos.

Elliot pensó que debía decir algo. Intentó sonar calmado, aparentar que no se sentía perturbado ni sorprendido.

-Parecen tener todo bien organizado. Aunque creo que no siempre debe ser así de simple; es decir, ¿qué sucede si alguien decide que simplemente quiere golpear a alguien?

Oliver solo le dijo.

-Acá las cosas no funcionan así. Esta escuela es diferente a las demás. Ya tendrás oportunidad de comprobarlo.

Una vez más, Elliot sintió que aunque Oliver no lo estaba amenazando, había algo inquietante en su tono.

Sonó la primera campana. Oliver la ignoró.

-Lo que necesitas recordar es lo siguiente: cuando los Guardianes escogen a un chico, es por que él se ha buscado un problema. No te escogen por no hacer nada. Como te dije, las cosas son distintas en Holminster.

Elliot pensó en el chico de nariz tosca que había visto en el camerino. ¿Cómo era que se

llamaba? ¿Baker? Se podía decir que los chicos como él siempre estaban buscándose problemas...

Salvo que eso no era cierto, la descripción no se ajustaba a la realidad. No era "buscar". Esa no era la palabra apropiada. Era más bien, .^"esperar".

Algunos chicos "esperaban" los problemas. No se fijaban en ellos por algo que dijeran o hicieran; sino **porque no pretendían ser otra cosa distinta de lo que eran. No parecían ser más que perdedores, víctimas, carne de cañón. Esperaban a que la naturaleza siguiera su curso.**

Elliot lo sabía porque él era consciente de lo que parecía ser, porque conocía su propia manera de comportarse. Su rostro, su lenguaje corporal, todo en él emitía la misma señal: "Estoy esperando. Vengan por mí".

Eso era lo que buscaban.

Se estremeció por dentro.

Oliver todavía no se había movido. Todos los demás ya habían entrado a clases.

Elliot quería alejarse de Oliver, pero no quería que el miedo lo delatara; le que seguramente sucedería! si se marchaba.

Al fin, dijo:

-¿Entonces los Guardianes tienen nombres propios? ¿De quién debería cuidarme?

Oliver lo miró inquisitivamente.

-¿Qué importancia tiene? Si fuera tú, me aseguraría de que los Guardianes nunca tuvieran un motivo para buscarme. ¿Entiendes lo que te quiero decir? -se dio vuelta y se fue.

No era una amenaza, sino una advertencia. En ese momento, Elliot se percató de algo que había sentido durante todo el tiempo: era esa cualidad molesta que no había podido reconocer detrás de la blanda voz y la sonrisa de Oliver. Oliver sabía más, quizá mucho más de lo que había dejado translucir; era incluso pro-

bable que él mismo fuera uno de los Guardianes de los que había hablado. Y él quería que Elliot lo supiera.

¿Por qué? ¿Acaso porque le gustaba presumir? O tal vez se trataba de algo más siniestro, de un mensaje cifrado, un modo de decir: "No me vas a engañar. No importa qué tanto intentes aparentar ser otro, yo siempre sabré quién eres".

Elliot se dio cuenta de que estaba temblando.

"No estoy seguro aquí. Ni aquí, ni en ninguna parte".

Luego de varias semanas, la advertencia de

Oliver se había casi borrado de su mente.

Si los Guardianes existían, eran tan secretos como invisibles. Aunque Elliot no conocía a nadie lo suficientemente bien como para preguntarle por los Guardianes, había mirado, escuchado y esperado que, al menos, alguien susurrara esa palabra. Pero nada. Nadie la mencionaba. Tampoco había visto ningún papel amarillo en la cartelera.

Comenzó a creer que tal vez Oliver había inventado la historia de los Guardianes. Tal vez había hecho lo mismo con todos los nuevos estudiantes; tal vez había simulado comportarse como un *gángster* a fin de parecer importante. Todo ese asunto de los "castigos" y de los "señalamientos" parecía extraído de una película. Elliot intentó hablar con Oliver, pero siempre que se encontraban, este le hacía saber que no tenía tiempo: "Estoy apurado"; "Te veré luego"; "Nos encontraremos mañana".

Graham Gardner

Elliot sintió que ahora respiraba sin dificultad, que miraba y escuchaba con menos preocupación. Su teoría había resultado ser cierta. Si los demás se fijaban en ti por algo positivo, no tendrías problemas. Nadie en I holminster andaba tras él.

Estaban tras otros. Tras el chico de nariz tosca. Tras el chico tartamudo. Tras el

chico que tenía el cabello como si su mamá se lo hubiera cortado. Tras dos chicos de su curso que siempre estaban juntos en los recreos.

Elliot no lo había notado al comienzo, pero empezó a hacerlo gradualmente en el patio de recreo. Corrillos de chicos que se alejaban, dejando a alguien tendido en el suelo, agachado o inclinado, tocándose inútilmente la mano, la pierna, el brazo, el estómago, la ingle...

En el corredor, en la clase. Movimientos ocasionales hacían que puños, pies y codos entraran en duro contacto con carnes blandas, produciendo sonidos de agonía rápidamente silenciados.

Violencia sutil.

Tero ellos no andan tras de mí. Me tienen en

cuenta por algo positivo". /

, Por primera vez en tres años, parecía que pronto llegaría el momento en que ya no volvería a sentir miedo.

También por primera vez, era casi preferible estar en la escuela que en la casa. Su mamá parecía estar todo el tiempo cansada, por lo menos para hablar con él. Lo máximo que recibía de ella era una sonrisa forzada. Comían en silencio.

Elliot se había levantado algunas veces en las primeras horas de la mañana y había escuchado a su mamá llorar abajo. Él había intentado alejar el sonido del llanto. Creyó que

ella solo quería que la dejaran en paz. Esa era la impresión que daba últimamente.

Comenzó a detestar su casa.

El primer día de clases luego de las vacaciones intermedias, cuando salió a recreo y después de asen-tirle a alguien conocido, Elliot no tuvo motivos para pensar que las cosas iban a cambiar.

Y entonces todo cambió.

Capítulo 6



.Alguien lo agarró del brazo.

Era Oliver, estaba alterado, tenía su rostro enrojecido. Empujó a Elliot con la impaciencia de un niño.

-¡Ven! Vamos a llegar tarde. ||

-¿De qué estás hablando? -Elliot caminó más rápido, mientras refunfuñaba-. ¿Tarde a qué?

Oliver señaló:

-Tarde a esto, al castigo.

Elliot miró hacia donde Oliver señaló y vio que una multitud se dirigía al área de los sanitarios. Instintivamente, miró si alguno de los profesores se había dado cuenta y estaba en camino. No vio a

ninguno. Ese era precisamente el tema de un chiste en su antigua escuela: "¿En qué se parecen los profesores y los buses? En que cuando necesitas uno, nunca aparecen y luego vienen tres al mismo tiempo".

-Vamos -insistió Oliver.

Elliot se encontró corriendo con un extraño y molesto sentido de la urgencia. No tenía el más mínimo deseo de saber qué estaba sucediendo, pero la negativa o la duda lo marcarían ante los ojos de Oliver.

Al menos 30 chicos se apretujaron dentro de las pequeñas instalaciones. Oliver, quien conducía a Elliot, se abrió paso entre ellos. Nadie protestó.

Se encontró al borde de un semicírculo frente a los cubículos de los sanitarios. Detrás de él, la multitud empujaba, ansiosa e impaciente, y su excitación se esparcía a través de un continuo y ruidoso clamor, que en aquel pequeño espacio se tornaba ensordecedor.

Elliot sentía su estómago revuelto. Era difícil respirar, el aire era denso y pegajoso, recalentado por la masa de los cuerpos. Pero no solo era eso. Los olores mezclados de orín rancio y de fuertes desinfectantes le traían recuerdos desagradables. Sabía lo que iba a suceder. Tenía que salir de allí.

Intentó abrirse camino entre la multitud, pero era una masa sólida e inamovible. Estaba atrapado. **Sintió que sus recuerdos y su pasado estallaban y explotaban, dispuestos a tenderle una celada.**

Se hizo un completo silencio, como si alguien hubiera accionado algún interruptor.

-córranse!

La multitud se abrió, para darle paso a tres personas. Elliot había visto a uno de ellos en el partido de *rugby*, aunque no sabía su nombre. Era uno de los grandulones que se enojaba cuando perdía. El otro aparentaba ser un poco mayor y tenía el cabello castaño, peinado hacia arriba.

Le sujetaron los brazos al tercer chico. A comparación de los otros dos, este parecía ridículamente pequeño, como un muñeco de trapo que se hubiera encogido después de haber sido lavado. Su uniforme estaba immaculado; la camisa blanca y reluciente, la corbata perfectamente anudada, los pantalones con el quiebre perfectamente marcado. Miraba al frente, parpadeando ocasionalmente; su pequeño rostro estaba bastante pálido. Elliot notó que el chico estaba haciendo un esfuerzo descomunal para no parecer asustado.

La multitud esperaba en silencio.

El chico a quien Elliot había reconocido miró a la audiencia, sonriendo y acariciándose el mentón.

"Lo está haciendo a propósito", pensó Elliot mientras su estómago le golpeaba las costillas. "Está bromeando con la multitud, tratando de incrementar la tensión". Elliot se tragó el miedo. "Que esto termine pronto, Dios mío".

Sin avisar, el segundo chico **se volteó y** con **una** patada abrió la puerta del sanitario **del** medio. La puerta se estrelló contra la delgada pared divisoria, produciendo un sonido extremadamente fuerte. Giró hacia atrás **y** señaló **a** alguien que estaba **a** la derecha de Elliot

-Tú te encargas de su *blazer* -le ordenó. Señaló a otro más-: Tu, de sus pantalones.

Elliot no era capaz de mirar, pero tenía que hacerlo. Cuando así lo **hizo** no pudo librarse de su pasado, que volvió **a** surgir **y** lo golpeó una **y** otra vez, embistiéndolo, desgarrándolo, hasta que **ya** no diferenciaba entre lo que estaba sucediendo ahora **y** lo que había sucedido entonces.

...Una turba de manos aguerridas le bajaron los
i

pantalones hasta las rodillas, se aseguraron de que i

no pudiera patear a nadie y luego le dejaron el *blazer*

a la altura de los codos, para que no pudiera mover

los brazos. Estaba indefenso, incapaz de resistir.

Lo arrastraron hasta el sanitario.

-Métenlo ahí...

-Ahoguen a ese mequetrefe...

-Háganlo gritar...

-

Lo tenían agarrado del cuello y le metieron la cabeza dentro de la taza de porcelana blanca y mugrienta. Súbitamente, el hedor del desinfectante y del orín rancio se hizo mucho más fuerte y le llegó hasta la nariz y la garganta; sintió la frialdad de la taza, un lado de su rostro estrellándose con fuerza contra ella.

Inventando a Elliot

Luego vino la sensación de ahogo y los resoplidos, cuando halaron la cadena del sanitario. El volumen del agua aumentando, introduciéndosele en la nariz, en los ojos, en los oídos. "No puedo respirar". Tragando, atragantándose, ahogándose con el sabor y la intensidad de aquello.

Lo subieron para que respirara, agarrándolo del cabello, pues sus verdugos no querían dejarle marcas en la piel, y respiró profundamente. Lo sumergieron una y otra vez, algunas veces en cinco o seis ocasiones, dependiendo de qué tan aburridos o encolerizados estaban.

Se odiaba, se despreciaba por haber permitido que le hubieran hecho eso. Se odiaba, se despreciaba por haber permitido

que le hubieran hecho eso a otro, Se apretó las visceras para contener la respiración, para que no notaran su terror, su miedo, su asco y su auto compasión, apretando cada vez más sus puños, hasta que le ardieron los nudillos y sus uñas le palparon contra las palmas de las manos.

"Paren. Paren. Paren, por favor. Paren".

Después de haberlo sumergido cinco o seis veces, la multitud pareció cansarse y comenzó a abandonar el lugar.

Oliver había desaparecido en algún lugar de la muchedumbre. Elliot se obligó a detenerse, dejando que los demás se movieran a su alrededor. No podía irse, ¿Y si el otro chico estaba herido? *Él* no podía...

Una parte de él le gritaba: "¡Vete de aquí! ¿Qué crees que puedes hacer? Terminarás arruinándolo todo"

-M

Pero ya todos se habían ido. No había nadie que lo viera, nadie a quien le importara, ni siquiera al chico que había sido "castigado".

Vio una pequeña caja negra en el suelo, en el cubículo del medio. La recogió. Había un rollo fotográfico en su interior. Se le debía haber caído a alguien. Era difícil creer que

alguno de los dos verdugos fuera fotógrafo, así que el rollo debía de ser de un chico más pequeño.

No quería volver a tener ninguna relación con lo que había sucedido, pero no se atrevía a arrojar el rollo a la basura; podría tener imágenes interesantes. Y aunque no fuera así, no podía evitar sentir que, de cierto modo, haría mal en deshacerse de él. %Se lo metió al bolsillo de su *biaza*.

Una vez afuera, miró en dirección a las ventanas vacías, desde donde se veían las instalaciones sanitarias. Comprendió con sorpresa que esas instalaciones debían ser las de los profesores. ¿Cómo explicarse que ni siquiera un solo profesor se hubiera enterado de lo sucedido? Todos los profesores debían estar en la sala durante el recreo. Tenían que estar ciegos, ser muy poco observadores o.

○ tenían miedo. ○ simplemente no les importaba. Igual que en su antigua escuela. Allá arriba, los profesores estaban a salvo de cualquier peligro en su acogedora sala que apestaba a humo de cigarrillo

Inventando a Elliot

y a café barato, y que no tenía el aviso estúpido en letras rojas y grandes de su antigua escuela: "Vayase de aquí, a menos que se trate de una emergencia o que se haya ganado la lotería". Pero todo era igual; Holminster tenía vidrios ahumados y paneles

de roble, mientras que las paredes de su antigua escuela estaban descascaradas. Pero en su interior, ambas escuelas eran idénticas...

No había manera de escapar. No podría escapar. Nunca.

La noche era silenciosa. Elliot estaba en cama, y no podía dormirse.

Interminables fragmentos de conversaciones e imágenes aparecieron en su cabeza; el chico en los sanitarios, su cabeza siendo sumergida varias veces, el agua vaciándose una y otra vez. "No te escogen por nada". La cara de Oliver, su piel roja de emoción. Su respiración irregular por el miedo. Sudor sobre su labio superior. Calor.

"No puedo respirar".

Se acostó de espaldas, intentando acomodarse. Miró hacia el techo. Ocasionalmente, cuando pasaba un auto, los rayos difuminados que emitían los faroles proyectaban sombras y espirales sobre él. Salvo por eso, el techo permanecía vacío. No era como su cuarto del apartamento, en donde toda una profusión de figuras se esparcían desde un ángulo por todo el techo, convirtiéndolo en una compleja trama de manchas negras y verdes. Elliot se había acostum

prado a ver cómo aumentaba; esperaba cada resplandor de los faroles y luego veía si la figura actual era más grande que la anterior. Algunas noches permanecía despierto durante horas y escuchaba atentamente el sonido de algún auto que se aproximaba, dispuesto a jugar con las luces que proyectaba.

Otras noches permanecía despierto por varias razones. No solo escuchaba el sonido de los autos, sino también los gritos de los borrachos, las vulgaridades que proferían, algunas veces desde lejos, y otras que sonaban tan cerca que bien podían venir desde debajo de la ventana. Y escuchaba también el estruendo metálico de muchas clases diferentes de vidrios rotos. Después de un tiempo, uno aprendía a reconocer la diferencia entre el estruendo de una botella, de los faroles de autos y de las ventanas.

Permanecía acostado, escuchando, imaginando, preguntándose si no sería peligroso dormirse. La puerta de su apartamento tenía tres cerrojos (aunque eso violaba las regulaciones contra incendios) y la puerta principal de toda la cuadra tenía dos. Pero las ventanas eran blancos fáciles, no estaban protegidas contra lo que había en la oscuridad.

"No... no, eso era antes. No ahora".

Escuchó. La noche era tan silenciosa como las de los viernes y sábados. Pero aun así le

era difícil conciliar el sueño. El silencio era inquietante, como si algo estuviera a pinto de suceder, o esperara para explotar en un estruendo de ruido y violencia. Y a falta de algo que escuchar, no se podía quitar aquel

día de su cabeza "Ocúpate de sus pantalones. Húndanlo. Ahoguen a ese mequetrefe".

No... Eso también había sucedido antes. No ahora. Abrió sus ojos, intentando apartar esas imágenes.

"No pude evitar que me involucraran en eso. No pude hacer nada para impedirlo*. La cama estaba demasiado caliente, se sentía con claustrofobia. Su cuerpo le picaba con saña, el edredón le quemaba la piel; lo retiró y por un momento se sintió mejor. Cerró los ojos y regresaron las imágenes y los sonidos. Pero esta vez no estaba mirando, no era un espectador...

| Procuró reprimir la vergüenza que sentía mientras recordaba el hedor y la humillación, mientras recordaba al chico que habían dejado abandonado, vomitando en el piso en medio de las risas que se replegaban. Aquel día había sido como si hubiera vivido aquello una y otra vez, aunque solo había mirado.

Estaba avergonzado de sí mismo por haber mirado y sentido una piedad inútil por quienquiera que hubiese sido castigado. Pero por sobre todas las cosas, estaba avergonzado de no haber podido dejar de pensar: "Si es otro, por lo menos no soy yo*"

Sabía que estaba llorando por sí mismo; no por nadie más.

Capítulo 7

Varias veces por semana aparecían nuevos papeles amarillos en la cartelera. Era como si el primer castigo hubiera marcado el fin de una tregua, el fin de la suspensión temporal de las peores hostilidades. Una parte de Elliot se preguntó por qué razón hubo un período de calma. La otra parte de él no quiso pensar en ello, en nada de ello.

Cuando veía un nuevo nombre en la cartelera, decidía permanecer en la biblioteca durante los recreos, para que Oliver no lo encontrara. Algunas veces miraba afuera y veía a una multitud que a veces corría a los **sanitarios o bien se**

dirigía a ta cancha de criquet o a la caseta del encargado. '

Intentó alejar aquellos pensamientos.

Solo deseaba poder cerrar su mente (y sus ojos y oídos) los lunes en la tarde. Desde aquella ocasión en que se había visto atrapado en el castigo en los sanitarios, el ritual semanal no había hecho más que empeorar, y no había tenido mucho éxito en ignorarlo.

Perdiera o ganara el equipo que fuera, el resultado siempre era el mismo para el chico de nariz tosca: el silencioso azote del abuso; luego, la ducha fría, mientras le arrojaban su ropa a las duchas. Pero no era solo el hecho de que sucediera lo que hacía que aquello fuera tan horrible. Lo peor era lo inevitable del asunto. Todos esperaban que sucediera Cada uno esperaba que sucediera. Y cuando sucedía, nadie interrumpía la rutina Nadie protestaba. Nadie hablaba Algunos chicos miraban abiertamente. Otros parecían estar concentrados en ponerse sus ropas, pero a menudo también miraban furtivamente. Algunos lo disfrutaban con descaro, pero era imposible saber en qué pensaba la mayoría

Elliot siempre evitaba mirar; se empeñaba en vestirse tan rápido como fuera posible esperando que nadie lo estuviera viendo. Vivía temeroso de que fuera llamado algún día para encargarse de la ducha o de la ropa No sabía qué haría en ese caso. Pero sin importar lo que hiciera lo cierto era que no tenía

escapatoria. Lo que fuera que hicieras, te convertía en parte de eso. Sí estabas allí, no podías no estar.

Solo cuando estabas en otro lugar, en el patio de recreo, en el intermedio de clases yendo a casa o al baño, era que no podías ser parte de lo que sucedía, que no podías darte cuenta de la violencia sutil, que no podías sentir la tensión ni la expectativa.

En algún lugar, detrás de todo aquello, estaban los Guardianes. Elliot ya no dudaba de su existencia.

Había desaparecido cualquier sentido de la seguridad. Vivía con el temor de ser descubierto, de que se fijaran en él por algo negativo. Pero a la vez que esperaba que así sucediera, también redoblaba sus tácticas de supervivencia. Desarrolló, con la ayuda de un espejo, una expresión calmada y despreocupada para que nadie pudiera descifrar lo que estaba pensando. Podía adaptar su expresión a cualquier situación, y transmitir un aparente aire de cansada indiferencia. Asistía a los entrenamientos de natación, cumpliendo con su papel de "contribuir al espíritu de la Secundaria Holminster". Hada sus tareas escolares, procurando no destacarse con notas muy altas, no fuera a ser que recibiera elogios de los profesores. Hada todo lo que estuviera a su alcance para ser notado pero sin destacarse, para destacarse lo suficiente como para no ser notado.

Fuera de clases, era Elliot "el indiferente";

pero, durante ellas, era un revoltijo de emociones y sensa-

cioncs violentas. Comenzó a dormir mal de nuevo, despertándose a cada momento, sudando de miedo, apabullado por sueños recurrentes en los que el pasado y el presente resurgían sin cesar, una y otra vez.

No importaba lo que hiciera o adonde fuera. Parecía que siempre iría a estar en el mismo lugar; en el territorio del miedo.

Necesitaba hacer gala de toda su capacidad de concentración para el partido. El profesor Phillips estaba de mal humor, buscando problema, buscando a quién dedicársela

Le permitieron jugar diez minutos después del comienzo. Le lanzaron el balón a Baker, el chico de nariz tosca. Sorpresivamente, lo agarró y luego el balón, lleno de barro, se le resbaló de las manos y un jugador del equipo rival lo atrapó inmediatamente. Un segundo después, sonó el pito, indicando una pausa. Los dos equipos esperaron nerviosamente, sin saber por qué se detenían.

El profesor se enfiló hacia el chico de nariz tosca. Elliot sintió que la tensión se evaporaba^

-¿A qué crees que estás jugando? -el

profesor se
indinó sobre el chico, quien se apartó
instintiva-
mente-. Te pregunté a qué diablos crees que
estás
jugando. ¿Acaso nunca antes te han lanzado
un balón? ¿

Mientras miraba hacia abajo, el chico
respondió algo, en voz tan baja que Elliot no
pudo escuchar.

-Fue magnífico que hubieras soltado el
balón. Eres un apocado, Baker, eso es lo que
pasa contigo. ¿Qué cosa eres?

La respuesta fue inaudible.

-Más fuerte. Todos quieren escuchar.

¡Vamos!

-Soy un apocado.

.-¡Más fuerte!!

-Soy un apocado.

-¡Más fuerte! ¡Dilo como si hablaras en serio!

-¡Soy un apocado, soy un apocado, soy un
apocado!

El profesor dio un paso atrás. ,

-No necesitas decirnos eso, Baker. Creo
que todos ya lo sabemos.

Varios de los jugadores se rieron^

-¿No te gusta el *rugby*, ¿o sí? -el profesor
continuó hablando en voz alta, para que
todos pudieran escuchar. Su voz adquirió un
tono burlesco-. Sería preferible que
estuvieras a gusto, calentito y cómodo;
deberías estar adentro para que no te

ensuciaras ni te lastimabas, lejos de los chicos terribles que están jugando *rugby*. Te gustaría eso, ¿no, Baker?

Se dio vuelta hacia los jugadores expectantes, quienes ya no se esforzaban por ocultar su alegría. Elliot sospechaba que no era la primera vez que el chico de la nariz tosca había sido humillado de ese modo.

El profesor lanzó una estruendosa carcajada.

-Este niño tierno es muy delicado para jugar *rugby*, así que tengo que pensar en otro ejercicio para él. ¿Alguien tiene una buena idea?

Un chico que estaba al lado de Elliot exclamó: -Llévelo con las niñas, profesor, que juegue *netball* con ellas.

La sonrisa del profesor Phillips se hizo más amplia.

-Gracias, Harrís; es una excelente sugerencia. -¿Qué estás esperando entonces, Baker?

El equipo de Elliot fue vapuleado: perdió 8 a 30. Una vez que llegaron al camerino, Steward se ensañó con Baker. Lo agarró del cabello y lo arrastró por el suelo. Dos chicos habían tomado sus ropas. Oliver tenía su mano en la llave de la ducha. Los demás miraban en silencio.

Súbitamente, sin avisar, el profesor entró. El drama se detuvo. Nadie miraba hacia

ningún lado. El único sonido era el de la ducha.

La mirada del profesor Phillips abarcó todo el espacio, sin perder ningún detalle. Sus ojos se reposaron por una breve eternidad sobre el chico que estaba en el suelo, pasivo e inmóvil, y sobre Steward, cuyos dedos estaban todavía, cómo por accidente, sujetando el cabello de Baker.. \$¿

Los pensamientos se agolparon en la cabeza de Elliot ¿Por qué había entrado Phillips? ¿Por pura coincidencia? ¿Sería que alguien le había avisado? Todos continuaban inmóviles. Las duchas eran un torrente de ruido.

Los ojos del profesor se posaron sobre Elliot.

- **Tú** -se dirigió hacia él No te conozco, así **que** quizá puedas darme una respuesta **medianamente** verdadera. ¿Qué tienes que decir acerca **de esto?**

Después» cuando Elliot pensó en ello, lo que más le asustó fue la facilidad con que las mentiras tomaron cuerpo en su cabeza, la naturalidad con que pudo decirlas. Pero en aquel entonces, en ese momento, apenas si fue consciente de mentir. Sintió no solo la cercanía del profesor, sino también su agresión. Sabía que era una agresión indirecta, que el profesor no estaba interesado (o que no quería saber) lo que realmente estaba sucediendo, pero que se sentiría satisfecho con cualquier respuesta

razonable. Y también se daba cuenta de que los otros chicos que estaban en el camerino se esforzaban por no mirarlo. Estaban dejando muy en claro que era él quien tenía que elegir la respuesta que iba a dar.

La elección era clara: una respuesta que por lo menos supusiera un castigo para todos los implicados que estaban en el camerino, o una respuesta que hiciera que el profesor los reprendiera por haberlo hecho venir para enterarse de lo que estaba sucediendo. En realidad, apenas si era una elección, después de todo... y no era como si algo hubiera realmente sucedido: Steward había sido interrumpido.!

Rápidamente dijo:

-Solo era alguien jugando, señor -vio el rostro de Olíver-. Y el agua estaba muy caliente, así que... no sucedió nada en realidad señor.

Permaneció ansioso por pocos segundos, mientras el profesor Phillips lo miraba con desconfianza, pero las suposiciones de Elliot eran acertadas: el profesor no estaba interesado más que en una explicación razonable. Se apartó de Elliot y miró con irritación a los chicos que estaban a medio vestir.

-Si llego a escuchar un solo susurro cuando

salga de aquí, por lo último que se preocuparán será por la temperatura del agua -miró al chico que estaba en el suelo con evidente disgusto y salió, dejando la puerta abierta.

Esa noche, Elliot estaba en la cama, mirando hacia el techo, mientras la cabeza le daba vueltas. Sabía que algo importante había sucedido en el camerino. Algo en su interior. No era que nunca hubiera mentido, pero esa vez fue diferente. Había atravesado una línea en el instante mismo en que había dicho esas palabras. Y, básicamente, ese atravesar dividía todo lo que había hecho hasta entonces de lo que haría después.

Sabía que se trataba de un momento definitivo.

Capítulo 8

El martes, cuando Elliot apenas había cruzado la puerta -de la escuela, Oliver apareció de la nada.

-Los Guardianes te andan buscando -dijo, con total naturalidad.

Elliot sintió convulsiones en su estómago. Hilos fríos de miedo se le enrollaron alrededor del pecho. Tragó saliva y se preparó. Tenía que dar la impresión de parecer compuesto y despreocupado.

-¿Cuándo?

Graham Gardner »

Era inútil preguntar por qué. Incluso si lo supiera, Oliver no se lo diría. Seguramente no era nada importante.

Elliot pensó en ignorar la orden, en apartar a Oli-ver a un lado y seguir a casa. No había nada que lo detuviera. Salvo que había sido igual que cuando le dijeron que fuera al parque. Oliver seguramente estaba preparado para cualquier contingencia, así que era mejor terminar con eso para que no se enfadaran. Para sorpresa suya, Oliver lo condujo por detrás de la escuela, hacia un bosque que limitaba con la zona recreativa de la escuela.

Nunca antes había ido allá. Era un lugar muy calmado. De vez en cuando, se escuchaba el canto de algún pájaro, pero siempre de manera lejana. El aire era frío y húmedo, casi helado, muy diferente al aire

fresco y seco de otras partes. Había un mal olor, ácido, a descomposición, producido por la vegetación y las hojas podridas, y a cada paso que daba sus zapatos se hundían en el barro y en el cieno. Parecía un bosque extraído de un cuento de hadas; no era uno de aquellos bosques plácidos* poblados de abuelas rozagantes y de enanos amigables» sino de los que albergaban cosas desagradables en la oscuridad Los Guardianes lo estaban esperando en algún lugar El filo que sentía en su pecho se intensificó y se extendió por todo su cuerpo.

Camaron sin hablar. El sendero que **seguían** estaba claramente demarcado, pero se perdía a través de los arboles, sin seguir ningún rumbo definido,

Para colmo de males, estaba oscureciendo rápidamente. Muy pronto, ya no se podría ver nada; ni siquiera bajo la luz gris y pálida de la tarde que se colaba por entre los árboles. ¿Cómo irían a encontrar el camino de regreso? Pero pensó: "Eso es lo último por lo que debo preocuparme".

Salieron repentinamente de entre los árboles.

Aún había **suficiente luz para ver sin dificultad** Estaban en un claro, en un círculo irregular de **barro semicongelado y pisoteado, que tenía el tamaño equivalente a la tercera parte de una cancha de fútbol. En un extremo, y como si estuviese fuera de lugar, había un terraplén ferroviario que se extendía a ambos lados de los árboles. No podía ser parte de la**

carrilera principal, pues Elliot sabía que pasaba por el otro lado de la ciudad. Se preguntó si aún circulaban trenes por esa vía.

Pero pronto se olvidó de los trenes.

Enfrente del terraplén, había un muro de ladrillos de escasa altura. Tres figuras estaban sentadas sobre él, balanceando sus piernas. Elliot no podía ver sus rostros en la distancia.

Aproximadamente a dos metros del muro, Oliver se detuvo y le hizo señas para que hiciera lo mismo. Inclino su cabeza. Elliot vacilo y lo imito. Sintio un deseo urgente y terrible de orinar. Luchó contra el frenético deseo de pedir permiso y correr hacia un árbol. Muy lentamente, su necesidad se hizo más leve.

Permaneció así por lo que sintió como una eternidad. Tan pronto se detuvo, sintió frío en las piernas